

Llevo en el nombre a la humanidad naciente, pero pertenezco a una humanidad que se extingue, escribió Adam en su libreta dos días antes del drama.

Nunca supe por qué me llamaron así mis padres. En mi tierra natal no era un nombre frecuente, ni nadie de mi familia se había llamado así antes que yo. Me acuerdo de que un día se lo pregunté a mi padre y se limitó a contestarme: «¡Es nuestro antepasado común!», como si yo pudiera no saberlo. Tenía diez años y me conformé con esa explicación. Quizá habría debido preguntarle mientras vivía si había tras esa elección alguna intención, algún sueño.

Me parece que sí. Desde su punto de vista, se suponía que yo pertenecía a la cohorte de los fundadores. Hoy, a los 47 años, no me queda más remedio que admitir que no cumpliré con esa misión. No seré el primero de un linaje, seré el último, el último de todos los míos, el depositario de sus penas acumuladas, de sus desilusiones y también de sus vergüenzas. Me incumbe a mí la aborre-

cible tarea de identificar los rasgos de aquellos a quienes he querido y de asentir luego con la cabeza para que vuelvan a taparlos.

Me ha tocado hacerme cargo de las extinciones. Y, cuando me llegue la vez, caeré como un tronco, sin haberme doblado, y repitiéndole a quien quiera oírlo: «¡La razón la tengo yo y la que se equivoca es la historia!».

Ese grito orgulloso y absurdo me retumba constantemente en la cabeza. Por lo demás, podría servir de epígrafe a esta peregrinación inútil en la que llevo diez días.

Al volver a mi tierra inundada, pensaba salvar algunos vestigios de mi pasado y del pasado de mi gente. En ese aspecto, no espero ya gran cosa. Quien intenta retrasar un naufragio corre el riesgo de apresurarlo... Dicho esto, no me arrepiento de haber emprendido este viaje. Cierto es que vuelvo a descubrir todas las noches por qué me alejé de la patria donde nací; pero también vuelvo a descubrir todas las mañanas por qué nunca me desapegué de ella. Mi gran alegría es haber encontrado entre las aguas unos cuantos islotes de delicadeza levantina y de ternura serena. Lo que me proporciona otra vez, al menos de momento, un apetito nuevo por la vida, razones nuevas para luchar y quizá, incluso, un estremecimiento de esperanza.

¿Y a más largo plazo?

A largo plazo, todos los hijos de Adán y Eva son niños perdidos.

PRIMER DÍA

1

El jueves, cuando se quedó dormido, Adam no tenía ni idea de que al día siguiente sin ir más lejos iba a alzar el vuelo hacia el país de sus orígenes tras lustros de alejamiento voluntario y para ir al encuentro de un hombre a quien se había prometido no volver a dirigir la palabra.

Pero la mujer de Mourad supo dar con las frases implacables:

«Tu amigo se muere. Quiere verte».

El timbre sonó a las cinco de la mañana. Adam cogió el teléfono a tientas, pulsó una de las teclas encendidas y contestó: «No, de verdad que no estaba durmiendo», o cualquier otra mentira por el estilo.

Su interlocutora le dijo a continuación: «Te pongo con él».

Tuvo que contener el aliento para oír el del moribundo. E, incluso así, más que oír las palabras, las intuyó. La voz lejana era como un susurro de telas. Adam tuvo que repetir dos o tres veces «Claro» y «Entiendo» sin entender nada ni tener nada

claro. Cuando la otra voz calló, le dijo, prudentemente: «¡Adiós!». Aguzó el oído unos cuantos segundos, para comprobar que la mujer no había vuelto a ponerse al aparato; luego, colgó.

Se volvió entonces hacia Dolores, su compañera, que había encendido la luz y se había sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared. Parecía que estaba sopesando los pros y los contras, pero ya se había hecho una opinión.

—Tu amigo se muere, te llama, no puedes pensártelo; tienes que ir.

—¿Mi amigo? ¿Qué amigo? ¡Hace veinte años que no nos hablamos!

En realidad, en todos aquellos años siempre que alguien pronunciaba en su presencia el nombre de Mourad y le preguntaba si lo conocía, contestaba invariablemente: «Es un antiguo amigo». Sus interlocutores daban por hecho con frecuencia que había querido decir un «viejo amigo». Pero Adam no escogía las palabras a la ligera. «Antiguo amigo» era, pues, desde su punto de vista, la única expresión adecuada.

Dolores, cuando usaba ese giro en su presencia, solía contentarse con una sonrisa compasiva. Pero aquella mañana no sonrió.

—Si mañana riñese con mi hermana, ¿se convertiría en mi «antigua» hermana? ¿Y mi hermano, en mi «antiguo» hermano?

—Con la familia es diferente, no hay elección.

—Tampoco aquí tienes elección. Un amigo de juventud es un hermano adoptivo. Puedes arrepentirte de haberlo adoptado, pero ya no puedes desadoptarlo.

Adam habría podido explicarle largo y tendido en qué son diferentes los lazos de la sangre. Pero se habría aventurado al hacerlo en un terreno pantanoso. Su compañera y él no tenían, en última instancia, una sangre común. ¿Y eso quería decir que, por muy íntimos que hubieran llegado a ser, podrían un día volverse ajenos? Y que si uno de los dos llamaba al otro en el lecho de muerte, ¿podría suceder que tuviera que enfrentarse a una negativa? Sólo pensar en semejante posibilidad habría sido degradante. Prefirió callar.

En cualquier caso, los razonamientos no valían de nada. Antes o después, tendría que ceder. Tenía, sin duda, mil razones para guardarle rencor a Mourad, para retirarle la amistad e, incluso, dijera lo que dijera su compañera, para «desadoparlo»; pero esas mil razones no tenían valor alguno ante la proximidad de la muerte. Si se negaba a acudir junto al lecho de su antiguo amigo, le remordería la conciencia hasta el último día de su vida.

Así que llamó a la agencia de viajes para sacar un billete para el primer vuelo directo, ese mismo día, por la tarde, a las cinco y media, con llegada a las once de la noche. Difícilmente podría haberse dado más prisa.

(...)

3

Nadie lo estaba esperando en el aeropuerto. Y esa incomodidad trivial, que Adam habría debido, desde luego, prever, ya que no había avisado a nadie de que llegaba, trajo consigo un desbordamiento de la tristeza y una confusión mental pasajera. Tuvo que hacer un esfuerzo para acordarse de que acababa de aterrizar en su ciudad natal, en su propio país.

20 de abril, continuación

Paso por la aduana, entrego el pasaporte, lo recojo y salgo, recorriendo con la vista el gentío con una mirada de niño abandonado. Nadie. Nadie me dirige la palabra, nadie me espera. Nadie me reconoce. He venido al encuentro del fantasma de un amigo y ya soy yo también un fantasma.

Un taxista me ofrece sus servicios. Acepto con la mirada y dejo que se lleve mi maleta hacia su coche, un Dodge viejo aparcado a mucha distancia de la fila reglamentaria. Está claro que es un taxi ilegal, sin placa roja y sin contador. No protesto. Normalmente, esos usos me irritan, pero esta no-

che me hacen sonreír. Me traen a la memoria un entorno familiar, los reflejos de andarse con cuidado. Me oigo preguntar al hombre, en árabe y con el acento de la tierra, por cuánto me va a salir la carrera. Sólo para evitar la indignidad de que me tome por un turista.

De camino, tuve la tentación de llamar a unos primos, a unos amigos. Ya eran las doce de la noche, cinco minutos arriba o abajo, pero conozco a más de uno a quien no le habría importado la hora y me habría invitado insistentemente a alojarme en su casa. Al final, no llamé a nadie. De pronto, notaba la necesidad de estar solo, de ser anónimo, algo así como clandestino.

Esta sensación nueva empieza a gustarme. De incógnito en mi tierra, entre los míos, en la ciudad en que crecí.

Mi habitación del hotel es amplia, las sábanas están limpias, pero la calle ha resultado ruidosa, incluso a estas horas. Está también el ronroneo obsesivo de un aire acondicionado que no me he atrevido a apagar por temor a despertarme sudando a mares. No creo que el ruido me impida dormir. El día ha sido largo, el cuerpo no tardará en embotarse, y la mente también.

Sentado en la cama, sin más luz que la de la lámpara de cabecera, no puedo dejar de pensar en Mourad. Me esfuerzo por imaginarlo tal y como debería ser ahora. La última vez que estuvimos juntos tenía veinticuatro años, y yo, veintidós. En mi recuerdo, estaba en plena forma y era feroz y atronador. Con el paso del tiempo, la enfermedad lo habrá deteriorado seguramente. Me lo imagino ahora en su antigua casa

familiar, en el pueblo, en un sillón de inválido, con la cara lívida y una manta de lana en las rodillas. Pero a lo mejor está en el hospital, en una cama metálica, rodeado de goteros, de aparatos que parpadean y de vendas; y, pegada a la cama, la silla en que me pedirá que me siente.

Mañana lo sabré.

SEGUNDO DÍA

1

La mujer de Mourad llamó a Adam de madrugada, al móvil. Creyendo que estaba todavía en París, le dijo secamente, sin más preámbulos, sin un saludo previo siquiera:

—No ha podido esperarte.

La habitación estaba todavía oscura. A Adam se le escapó el silbido de una palabrota. Luego puso a su interlocutora al tanto de que había llegado la víspera, que había venido, atendiendo a su petición.

Ella repitió, no obstante, ya lanzada:

—No ha podido esperarte.

La misma frase, palabra por palabra. Pero con tono diferente. Esta vez sin reproche. Tristeza, rabia y, quizá, una pizca de gratitud hacia Adam. Él masculló una frase al uso.

Luego hubo unos cuantos segundos de silencio a ambos lados de la línea. Y, tras ellos, la viuda le dijo sencillamente: «¡Gracias!», como si contestase cortésmente al pésame. Después le preguntó dónde se alojaba.

—Te mando un coche. Tú solo no sabrías llegar.

Adam no protestó. Era consciente de que ya no era capaz de orientarse en aquella ciudad con calles sin letreros, sin números, sin aceras, donde los barrios llevaban nombres de edificios y los edificios el nombre de sus dueños.

Sábado 21 de abril

Tania ya va de luto. Mourad descansa, muy formal, bajo unas sábanas sin arrugas, con algodones en los orificios de la nariz. Tiene un ala entera para él solo: dos habitaciones contiguas, un salón, un balcón. La clínica es de mármol y de madera de alcanforero. El sitio para morir como un perro de raza.

Estoy de pie, a los pies de la cama, y no lloro. Inclino la cabeza ante el cadáver, cierro los ojos, me quedo quieto, hago tiempo. Se supone que estoy meditando, pero tengo la cabeza vacía. Más adelante meditaré, haré que acudan los recuerdos de nuestra amistad difunta, más adelante me esforzaré por imaginar al Mourad de antes. Pero aquí, delante del cadáver, nada.

En cuanto oigo unos pasos tras de mí, aprovecho para cederle el sitio a otro. Me acerco a Tania y le doy un abrazo breve. Luego, voy a sentarme al salón. Que no es en realidad un salón. Tres sillones de cuero marrón, tres sillas plegables, una cafetera, unas botellas de agua mineral, un televisor sin sonido. Pero en una clínica es un lujo. Ya hay cuatro mujeres de negro y un hombre viejo y sin afeitarse. No los conozco. Los saludo con la cabeza y me desplomo en el único asiento vacío. Sigo sin meditar; y no pienso en nada. Sólo intento poner cara de circunstancias.

Cuando veo que van llegando más personas, como si fueran una delegación, me levanto, vuelvo a hacer acto de pre-

sencia ante el cadáver y le doy otro beso a Tania, susurrando: «¡Hasta luego!». Salgo de la clínica apretando el paso, como si me persiguiera una jauría.

Cuando me veo ya en la calle, solo entre los transeúntes, tranquilo entre el tumulto, tengo por fin un reflujó del pensamiento hacia ese hombre a quien he abandonado en el lecho de muerte.

Me vuelven retazos de conversaci3n, risas, imágenes. Echo a andar recto, pienso en mil cosas dispersas sin detenerme en ninguna. La bocina de un taxi me devuelve a la realidad. Asiento con la cabeza, abro la portezuela, doy el nombre del hotel. El hombre me habla en inglés, lo que me hace sonreír y me irrita al tiempo. Le contesto en su lengua, que es mi lengua natal, pero seguramente con un poco de acento. Para disculparse por haber herido mi amor propio de emigrado, empieza a echar pestes del paí y de sus dirigentes y se lanza a un encendido elogio de quienes tuvieron la inteligencia de irse.

Adam se limita a asentir cortésmente con la cabeza. En circunstancias diferentes, se habría implicado en la conversaci3n porque el tema no le resulta indiferente. Pero ahora tiene prisa por quedarse solo, solo en su habitaci3n, solo con los recuerdos que tiene de ese que ya no volverá a hablar.

Nada más llegar, se tiende en la cama y se queda mucho rato echado de espaldas. Luego se endereza, coge la libreta, garabatea unas pocas líneas y, después, le da la vuelta, como para estrenar, por el otro lado, otra libreta.

En la nueva página en blanco, arriba del todo, en el sitio donde se suele poner la fecha, escribe: «In memóriam», a modo

de epígrafe, o quizá a modo de oración. Nada más. Y pasa a la página siguiente.

Mourad, el amigo desadoptado.

Nos ha separado la muerte antes de que pudiéramos reconciliarnos. Yo he tenido un poco de culpa, y él ha tenido otro poco, y también ha tenido culpa la muerte. Acabábamos de empezar a anudar de nuevo los vínculos cuando lo hizo callar de golpe.

Pero, en cierto modo, sí ha habido reconciliación. Sintió el deseo de verme, cogí el primer avión, la muerte llegó antes que yo. Bien pensado, quizá haya sido mejor así. La muerte tiene su sabiduría propia, hay veces en que vale más dejar las cosas en sus manos que en las de uno mismo. ¿Qué habría podido decirme mi antiguo amigo? Mentiras, verdades disfrazadas. Y yo, para no mostrarme despiadado con un moribundo, habría hecho como que lo creía y lo perdonaba.

¿Qué valor habrían tenido en semejantes condiciones ese reencuentro tardío y esas absoluciones recíprocas? Ninguno, a decir verdad. Lo que ha sucedido me parece más decente y más digno. Mourad sintió, en sus horas postreras, la necesidad de verme; yo me apresuré a acudir; él se apresuró a morir. Hay en ello un toque de elegancia moral que hace honor a nuestra amistad pasada. Me satisface este epílogo.

Más adelante, si existe una vida más allá de la tumba, tendremos tiempo de explicarnos, de hombre a hombre. Y, si lo que hay es sólo la nada, nuestras discordias de hombres mortales no tendrán ya, en cualquier caso, gran importancia.

En este día que lo ha visto morir, ¿qué puedo hacer por él? Sólo lo que me pide la decencia: invocar con serenidad su recuerdo, sin condenarlo ni absolverlo.

Él y yo no éramos amigos de la infancia. Crecimos en el mismo país y en el mismo distrito, pero no en el mismo ambiente. No coincidimos hasta llegar a la universidad, pero fue algo que sucedió enseguida, ya en los primeros días del primer año.

En el comienzo de nuestra amistad, estuvo aquella velada. Éramos, me parece, unos quince, más chicos que chicas, unos pocos más. Si tuviera que hacer una lista de memoria, seguramente se me olvidarían unos cuantos. Estábamos él y yo; y Tania, claro, Tania ya, que todavía no era su mujer pero que no iba a tardar en serlo; estaban Albert, Naím, Bilal y Semi, la belleza; estaban Ramzi y Ramez, a quienes llamábamos «los socios», «los inseparables» o, sencillamente, «los dos Ram»... Entrábamos en la vida estudiantil con una copa en la mano y la rebeldía en el corazón, y nos parecía que entrábamos en la vida adulta. El mayor de nosotros iba a cumplir veintitrés años; yo, con diecisiete y medio, era el más joven; Mourad me llevaba dos años.

Era en octubre de 1971, en la terraza de su casa, una terraza inmensa desde la que se veía el mar de día y, de noche, el centelleo de la ciudad. Todavía me acuerdo de la mirada que tenía aquella noche, deslumbrada, colmada. Aquella casa era suya; antes había sido de su padre, de su abuelo, de su bisabuelo, e incluso de sus antepasados, ya que la construcción se remontaba a principios del siglo dieciocho.

Mi familia tenía antes en la montaña una casa hermosa.

Pero para los míos era un hogar, y un manifiesto arquitectónico; para los suyos, era una patria. Mourad siempre había sentido en ella algo así como una plenitud, la de los hombres que saben que un país es suyo.

Yo me sentí siempre en todas partes, desde los trece años, un invitado. Con frecuencia, me recibían con los brazos abiertos; a veces, me toleraban sin más; pero no fui en parte alguna un morador de pleno derecho. Continuamente disparejo, desajustado; de nombre, de mirada, de porte, de acento, de filia-ciones reales o supuestas. Incurablemente forastero. En la tierra natal y también, más adelante, en las de destierro.

Hubo un momento, aquella noche, en que Mourad alzó el tono de voz sin dejar de mirar a lo lejos.

—Sois mis mejores amigos. A partir de ahora en esta casa estáis en la vuestra. ¡Para siempre!

Brotaron bromas y risas, pero sólo para ocultar la emoción. Luego Mourad alzó el vaso e hizo tintinear los cubitos de hielo. Repetimos, como un eco: «¡Para siempre!». Unos a gritos; otros en un susurro. Luego, juntos, bebimos despacio.

Yo tenía los ojos húmedos. Cuando vuelvo a acordarme ahora, no puedo impedir que se me humedezcan otra vez. De emoción, de nostalgia, de tristeza, de rabia. Aquel instante de fraternidad fue el más hermoso de mi vida. Luego, pasó la guerra por allí. No hubo casa o recuerdo que salieran indemnes. Todo se corrompió: la amistad, el amor, la abnegación, las afinidades, la fe; y la fidelidad. Y también la muerte. Sí, en la actualidad, incluso la muerte me parece mancillada y desvirtuada.

No paro de decir «aquella noche». No deja de ser un compendio práctico. Hubo en la época en que nos conocimos incontables veladas que se me confunden ahora en la memoria en una sola. A veces me parece que estábamos siempre juntos, igual que una horda melenuda, y parábamos muy poco en casa de nuestras respectivas familias. No era así en realidad, pero es la impresión que me ha quedado. Seguramente porque los momentos intensos y los acontecimientos magnos los vivíamos juntos. Para alegrarnos, para indignarnos y, sobre todo, para pelearnos al respecto. ¡Dios, cuánto nos gustaban los debates y las argumentaciones! ¡Cuántas voces! ¡Cuántas trifulcas! Pero eran trifulcas nobles. Creíamos de verdad que nuestras ideas podían influir en el trascurso de los hechos.

En la universidad, para burlarse de nuestras continuas quisquillosidades, nos motejaban con el epíteto de «bizantinos», tomado en sentido ofensivo; y nosotros, por fanfarronería, lo adoptamos. Hablamos incluso de fundar una «hermandad» con ese nombre. Lo debatimos interminablemente, tanto, que nunca llegó a ver la luz, víctima precisamente de nuestro «bizantinismo». Algunos de nosotros soñábamos con convertir nuestra pandilla en un cenáculo literario; otros pensaban en un movimiento político que empezara entre estudiantes antes de extenderse a toda la sociedad; otros más sustentaban aquella idea tan atractiva que Balzac ilustró a su manera en su Historia de los Trece y a tenor de la cual unos amigos, pocos, pero entregados a causas comunes y portadores de una ambición común, un puñado de amigos valerosos, competentes y, sobre todo, unidos de forma indisoluble, podrían cambiar la faz de la tierra. A mí, personalmente, me

faltaba poco para creérmelo. A decir verdad, incluso hoy en día acaricio a veces esa ilusión infantil. Pero ¿dónde demonios dar con una cuadrilla así? Por mucho que busquemos, este planeta está vacío.

En último término, nuestra pandilla de amigos no se convirtió ni en hermandad, ni en cenáculo, ni en partido ni en sociedad secreta. Nuestros encuentros siguieron siendo informales, abiertos, regados, ahumados y ruidosos. Y sin jerarquía alguna, aunque casi siempre nos reuníamos por iniciativa de Mourad. Habitualmente en su casa, en el pueblo, en la terraza de la antigua casa.

Desde aquel lugar, en suspensión entre el litoral y la alta montaña, íbamos a presenciar el fin del mundo. ¿Del «mundo»? En cualquier caso de nuestro mundo, de nuestro país tal y como lo habíamos conocido. Y me atrevo a decir que de nuestra civilización. La civilización levantina. Una expresión con la que sonríen los ignorantes y les chirrían los dientes a los partidarios de las barbaries triunfantes, los adeptos de las tribus arrogantes que se enfrentan en nombre del Dios único y no saben de peor adversario que nuestras identidades sutiles.

Mis amigos eran de todas las confesiones; y todos consideraban un deber, una coquetería, burlarse de la suya; y, luego, afectuosamente, de las de los demás. Éramos el esbozo del porvenir, pero el porvenir no pasó de esbozo. Todos dejamos que nos condujeran de nuevo, bien custodiados, al redil de la fe obligada. Nosotros, que nos jactábamos de voltairianos, de camusianos, de sartrianos, de nietzscheanos o

de surrealistas, volvimos a ser cristianos, musulmanes o judíos ateniéndonos a denominaciones específicas, un martirologio nutrido y los píos aborrecimientos que entran en ese lote.

Éramos jóvenes, era el alborear de nuestras vidas, y ya era el ocaso. Se acercaba la guerra. Reptaba hacia nosotros, como una nube radiactiva; ya no había forma de detenerla, como mucho podíamos huir. Algunos nunca quisieron llamarla por su nombre, pero era, desde luego, una guerra, «nuestra» guerra, esa que, en los libros de historia, llevará nuestro nombre. Para el resto del mundo, un conflicto local más; para nosotros, el diluvio. Nuestro país, de mecanismo frágil, hacía agua, empezaba a averiarse; íbamos a descubrir, al hilo de las inundaciones, que tenía difícil arreglo.

A partir de entonces, los años llevaron aparejadas, en nuestra memoria, tragedias. Y, en nuestro círculo de amigos, bajas sucesivas.

El primero en irse fue Naím, con toda su familia: padre, madre, dos hermanas, abuela. No eran los últimos judíos del país, pero pertenecían a la ínfima minoría que, hasta el momento, había querido quedarse. En la década de los cincuenta y los sesenta hubo una hemorragia sorda. Gota a gota, sin alboroto, la comunidad fue disolviéndose. Hubo quien se fue a Israel, pasando por París, Estambul, Atenas o Nicosia; otros escogieron ir a afincarse al Canadá, a los Estados Unidos, a Inglaterra o a Francia. Naím y su familia optaron por Brasil. Pero relativamente tarde, en 1973.

Sus padres le hicieron prometer que no revelaría nada de esos planes, ni siquiera a los amigos más íntimos; y cumplió su palabra. Ni una confidencia, ni una alusión.

La víspera misma se reunió la pandilla, como todas las noches o casi, en casa de Mourad y Tania, en el pueblo, para tomar vino caliente. Estábamos a finales de enero o primeros de febrero. Hacía mucho frío en la casa vieja. Nos apiñamos en el salón pequeño alrededor de un brasero.

Supongo que hablamos de miles de cosas, como siempre que nos reuníamos; de las personas que nos gustaban o que no nos gustaban, de los acontecimientos políticos, de algunos sucesos, de un director de cine o de un novelista que hubiera muerto hacía poco... Por supuesto que no me acuerdo ya de qué tratamos en la conversación de aquella noche. De lo que estoy seguro, en cambio, porque me llamó la atención por entonces y he vuelto con frecuencia a pensar en ello, es de que en ningún momento salió a colación la emigración, el éxodo o la separación. Hasta la noche siguiente, cuando nos enteramos de que se había marchado Naím, no caímos en la cuenta, a posteriori, de que la velada había sido una velada de despedida.

Hubo, no obstante, un incidente extraño. Estábamos hablando de todo un poco cuando Tania se echó a llorar. Nada de lo que acabábamos de decir parecía justificar esas lágrimas que a todos, incluido Mourad, su novio, nos dejaron desconcertados. Le pregunté qué le sucedía y sollozaba de forma tal que no pudo contestarme. Cuando se le pasó, dijo: «Nunca más volveremos a estar reunidos todos juntos». ¿Por qué? No lo sabía. «Ha sido una sensación que me ha embargado de repente como si fuera una certeza y me he echado a llorar».

Para tranquilizarla y romper, por decirlo de alguna manera, el sortilegio, Mourad propuso entonces que volviéramos a reunirnos al día siguiente a la misma hora y en el mismo sitio. Nadie puso la mínima pega. No podría jurar que todos, sin excepción, dijeran «hasta mañana», pero estaba implícito.

Nos separamos al amanecer. Yo acababa de comprarme mi primer coche, un Escarabajo ocre, y fui yo quien llevó a su casa a Naím. No me dijo nada de sus proyectos. Ni siquiera cuando nos quedamos a solas, por carreteras mal iluminadas y vacías.

Más adelante, años después, me contó en una carta que sus padres lo esperaron angustiados aquella noche. Tenían miedo de que renunciase a irse con ellos para quedarse con su pandilla de amigos y se preguntaban si debían irse sin él o aplazar la marcha para otra fecha. Cuando llegó a casa, nadie de la familia le dijo nada.

Pero finalmente se marchó con los suyos para siempre. La primera baja en nuestras filas.

El siguiente fue Bilal. Una manera muy diferente de irse: la muerte.

«Perdemos la memoria de las palabras, pero no la memoria de las emociones.»





«Maalouf nos ha enseñado cómo a través de la ficción es posible llegar a un gran número de lectores... La novela, en la hermosa forma clásica a la que se ha mostrado fiel, sigue siendo un instrumento incomparable para hablar del mundo.»

Del discurso de bienvenida
de JEAN-CRISTOPHE RUFIN en la Academia Francesa